



NARRATIVA

Mujeres buenas, malas y malísimas

El libro de relatos de Dahlia de la Cerda describe sin autocomplacencia la realidad poliédrica de las jóvenes en México

POR BERNA GONZÁLEZ HARBUR

Cada vez que nos aproximamos a un libro que se prodiga como fenómeno literario nos corresponde enarcar las cejas, mirar con recelo y poner en duda las alabanzas masivas que puede recibir un nuevo título. Es ley de vida. Ley de crítico. O ley de periodista. Y es lo que suscita *Perras de reserva*, de Dahlia de la Cerda (Sexto Piso), un libro tan precedido de presentaciones masivas y crónicas entusiastas desde su publicación en México que procede mirarlo con frialdad. Sin prejuicios que nos condicionen.

Pero en ocasiones hay milagro y esta es una de ellas. La obra es tan sólida como permeable a la vez; tan atrayente como solvente; y se edifica sobre un dominio del lenguaje que atraviesa el universo de todas las mujeres jóvenes, todas las clases sociales y todas las realidades que conviven en México. Las buenas, las malas y, sobre todo, las peores. Tanto las que uno busca como aquellas de las que anhela huir.

Bajo un título de altura que es toda una declaración de intenciones, *Perras de reserva* reúne un puñado de historias brutales, intensas, fascinantes y verosímiles con un hilo común: las jóvenes son protagonistas y lo son en un mundo vertiginoso donde las relaciones mediatizadas por las redes sociales con sus vídeos, *me gustas* y *wasaps* añaden nuevas complejidades a las que ya conocíamos: la atracción del narco, la política corrupta, la violencia, las desapariciones de mujeres en Ciudad Juárez, los corridos, la fe fanática en Jesucristo

o en Satanás y una paleta amplísima de posiciones en las que una chamaca puede situarse en el hábitat ajeno a la ley: desde esposas hasta amantes de narcos, correos, vendedoras, ojeadoras de lo que pasa, víctimas o sicarias. Hay princesitas y fieras. Incluso princesitas fieras. Hay transexuales. Hay falsas suicidas. Hay ladronas, hay asesinas, hay asesinadas. Hay devotas. Hay descreídas. Hay muertas y hasta no-muertas que contemplan el cartel de su propia desaparición en un poste con las palabras “Se busca”. Porque hay incluso la capacidad o la fantasía para resucitar. Y la única bondad que asoma es la de la amistad —y es una manera generosa de verlo— en un mundo que no tiene átomo alguno de compasión.

Pero que nadie espere dramatismo, lágrimas ni lamentos. Las perras lo son con fortaleza, con disfrute hasta donde pueden, con capacidad de elección personal hasta que todo sale mal y hasta con resurrección si hiciera falta.

Y que nadie espere tampoco autocomplacencia. No hay instrucciones de género para poner a las chicas en el bando de las pobrecitas víctimas y a los chicos en el de agresores. Aquí no se salva ni Dios. Llamativo es el relato en el que dos chicas atizan hasta matar al asaltante que se ha colado en su casa y solo al llegar la policía averiguan que es chamaca. “Te juro que parecía un cabrón”, dice una de ellas, convencida de que, si era un hombre, merecía morir, pero al ser mujer no. Pobrecita. La doble vara de medir. El hombre no tiene perdón en la obra de Dahlia de la Cerda. Y la mujer, solo tal vez.

Porque las hay muy malas. Tenemos sicarias que disfrutan de hacer su trabajo, especialmente si se trata de vengar la muerte de una igual. Tenemos embarazos no deseados. Mujeres que abandonan niños. Mujeres que manipulan. Mujeres que saben crecer en redes y en la vida a base de operaciones estéticas y el uso de un cuerpo que aquí encuentra su peor versión. Y toda una suerte de venganzas sin tapujos. Y con gran placer. No hay compasión.

En la historia de la literatura ha faltado tanta sobre las mujeres y

creada por mujeres, ha habido tanta sequía más allá de las Bovary, Kareninas y otros mitos normalmente firmados por varones, que leer *Perras de reserva* es como abrir un grifo, un torrente, por el que van a asomar cuerpos, figuras y conflictos de mujeres de verdad. Por fin. La literatura mexicana —y por extensión la latinoamericana— se ha renovado en los últimos años con vigor gracias a las voces de autoras como Guadalupe Nettel, Fernanda Melchor, Cristina Rivera Garza, Brenda Navarro, Brenda Lozano, Sylvia Aguilar, Valeria Luiselli o Clio Mendoza. Y vemos que el camita-

no sigue. Dahlia de la Cerda, nacida en Aguascalientes en 1985, ha ganado el Premio Nacional de Cuento Joven Comala con este libro. Sexto Piso anuncia la próxima publicación de su libro de ensayos *Desde los zulos*. Son los regalos de una licenciada en Filosofía que, nos cuentan, ha trabajado en *call center*, en una fábrica, como vendedora de Avon, de ropa de segunda mano y de rosas negras en la calle.

Las mujeres que ella dibuja no peñan por amores rotos ni adulterios, o no solo. Sino por un embarazo de una cosa del tamaño de un frijol. “Las cicatrices sanan cuando se ha vengado”, reza uno de los personajes, que la autora ha tomado del corrido *El americano*. “Mis oraciones pedían una sola cosa. Que me concediera la gracia de enviar”, dirá otra de las protagonistas.

Enviar, vengar, bailar son motores de largo aliento entre los personajes inefables de este libro. Todo en un lenguaje que explora los límites más asombrosos para aderezar el torrente fresco de este grifo abierto. Un último consejo: tomen nota de los nombres e historias porque, a lo largo del libro, habrá sorpresas. Algunas de las protagonistas volverán. Y los nuevos relatos completarán lo contado con nuevas versiones que nos darán la foto final. Y que viva el grifo abierto.

Perras de reserva

Dahlia de la Cerda
Sexto Piso, 2023. A la venta a partir del lunes. 144 páginas. 17,90 euros

MEMORIAS

Orfandad de un padre

POR J. ERNESTO AYALA-DIP

En el nuevo libro de Daniel Vázquez Sallés hay una historia, un narrador en primera persona (el autor) y un protagonista. Este se llama Marc, hijo del autor, que falleció a los 10 años, en Madrid, un 30 de abril de 2021. La causa letal fue la maldita e inclemente bacteria *Clostridioides difficile*. Pero Marc ya había nacido con dos enfermedades, de las llamadas “raras”: una que le afectaba el aparato respiratorio y la otra el colon. Marc no podía dormir (o soñar) y respirar a la vez.

El Príncipe y la muerte, título que nos evoca un *lied* romántico, es sin embargo una elegía. En el libro se describen las consecuencias diarias de las enfermedades que sufrió en su corta vida Marc. Su padre las describe con precisión doctoral, pero dejando por el camino la sensación de un sufrimiento compartido por varias personas: el padre; Cécile, la madre; algunas enfermeras y médicos que asistieron hasta el final al Príncipe. Paradójicamente, este libro no habla de la muerte, no como se habla de la vida. De la vida de Marc.

Daniel Vázquez toca otros asuntos relacionados. Toca la impericia profesional de algunos médicos en Barcelona sin nombrarlos; toca la baja calidad pedagógica de algunos colegios de Madrid. Sin enfatizar, también alude el autor a su periodo de adicción a las drogas y el alcohol (que nada tuvieron que ver con Marc) y a su posterior rehabilitación. Paralelamente, el escritor barcelonés describe el periodo en que residió en una isla griega del mar Egeo, voluntaria reclusión que se impuso para escribir el libro que estoy reseñando.

Ya escribí más arriba que *El Príncipe y la muerte* es una elegía. En la historia de la literatura hubo pérdidas desgarradoras de hijos: la sufrió William Shakespeare por la muerte

de su hijo de ocho años Hamnet, la sufrió Stéphane Mallarmé cuando murió a los ocho años su hijo Anatole, al que le dedicó un célebre poema...

Cuando el lector acabe este libro tan lleno de amor por el hijo perdido, les aseguro que no olvidarán a Marc. Gracias a la escritura exacta de Daniel Vázquez, al lector le hubiera gustado, como a servidor, conocer al pequeño Marc, escuchar su risa y la lúcida conciencia de su situación. Yo también le hubiera regalado una maleta, su obsequio preferido.

El Príncipe y la muerte

Daniel Vázquez Sallés
Folch & Folch, 2023
312 páginas. 22 euros

Anuncios para buscar mujeres desaparecidas, en la frontera entre México y Estados Unidos. JEROME SESSINI (MAGNUM PHOTOS / CONTACTOPHOTO)